

FLETCHER

ESQUEMA GENERAL SOBRE ECONOMIA DEL PUEBLO IBERO

Fuertes dificultades se presentan para tratar la cuestión ya que, al no existir ningún precedente de conjunto, han de alcanzarse conclusiones subjetivas con los materiales disponibles, debiendo añadir a lo cual otras dificultades secundarias, pero no por ello menos importantes. Entre las que cuenta, en primer lugar, la escasez de tiempo de que hemos dispuesto en estos últimos meses para poder preparar el presente tema con el detenimiento que corresponde, por lo que adolecerá de múltiples omisiones y falta de amplitud, pero confío en que sabréis excusar estas deficiencias, más por vuestra amable comprensión que por las razones aducidas.

Como cuestión previa a este esquema, comenzaremos por delimitar cronológica y geográficamente a los iberos.

El mundo andaluz nos ofrece unas características propias, sin duda alguna debido a los elementos básicos que constituyen su etnia, por lo menos desde el neolítico, elementos que justifican la diferencia entre lo tartésico y lo ibérico oriental, que ya fue vista por los autores antiguos y ha sido confirmada por la investigación moderna. La frontera o zona limítrofe entre tartesos e iberos podríamos situarla en la cuenca del Segura, río que parece corresponder al antiguo Tader, nombre que, según los filósofos, significaría "frontera", lo que se ajusta a lo que hemos dicho y a los resultados alcanzados por Gómez Moreno, Bosch Gimpera, Caro Baroja, etc.

Establecido el límite sur, podemos situar los confines del territorio ibérico por el norte, en el Ródano, para los tiempos anteriores al siglo IV, y en el Herault a partir de dicha fecha.

Esta faja litoral quedaría delimitada hacia el interior por el sistema orográfico que la circunda, ensanchándose por tierras de Aragón y Lérida.

Dentro de este territorio, que consideramos típicamente ibérico, se encuentran diversos matices, propios de las distintas comarcas, de acuerdo

con el mayor o menor influjo que sobre ellas ejercieran los elementos europeos, helénicos y semíticos.

Con respecto a la cronología, hemos situado el comienzo de la llamada cultura ibérica hacia el 500 antes de Jesucristo, cuando los contactos con otros pueblos mediterráneos y europeos dan lugar a que el pueblo indígena, que vivía una economía y cultura características de la Edad del Bronce, sufra un cambio en sus modos de vida, transformación que venimos denominando "cultura ibérica", la que llega, como mínimo, a nuestra era, puesto que el mundo ibérico no desaparece ni con la llegada de los romanos ni con la total ocupación de estas tierras por sus ejércitos, pues a pesar de lo que escribiera sobre la rápida romanización del país algún optimista autor latino, arrojando el ascua a su sardina, lo cierto es que la estructura social, religiosa, cultural y económica de los indígenas se mantuvo hasta muy avanzada la dominación romana. Algunos territorios y núcleos urbanos acusan, efectivamente, en su supra-estructura la impronta romana, pero ello se debe más a la fuerte aportación de elementos extranjeros, que por renuncia de los nativos a su propia personalidad, como lo prueban la tenaz resistencia a someterse a las tropas romanas, la acuñación de moneda con letreros indígenas, la perduración de la lengua y alfabeto hasta bien entrado el siglo I después de Cristo, entre otras cosas.

Por revestir únicamente carácter orientativo y delimitativo, no creemos necesario extendernos más sobre las cuestiones de tiempo y espacio en el mundo ibérico.

En este espacio y tiempo señalados, vivió una etnia que, de acuerdo con el nombre que le dieron los autores antiguos, venimos denominando ibérica; son gentes de estirpe mediterránea, que no representan un cambio antropológico con respecto a los habitantes de la zona en épocas anteriores, sino tan sólo nuevos modos de vida, según ya hemos dicho, y alguna aportación europea en ciertas comarcas.

La primera dificultad que se nos plantea es la de saber el número de individuos que constituían el grupo ibérico. Aparte de que, como es lógico, el número de habitantes no sería el mismo a través de los varios siglos atribuidos a la cultura ibérica, carecemos de datos suficientes para llegar a conclusiones que puedan considerarse, ni siquiera aproximadamente, válidas.

Si nos fiásemos de las noticias de los autores latinos al hablar de los indígenas muertos en batalla, hechos prisioneros, levadas de mercenarios o las ciudades arrasadas o sometidas, etc., deduciríamos que el número de habitantes de la zona ibérica y de toda la Península, en general, era elevadísimo. Pero nosotros somos muy escépticos con respecto a las cifras que nos dan los textos, por estar convencidos de que exageraron, como después sucedió, en tiempos de la Reconquista, cuando los historiadores de uno y otro bando daban fantásticas cifras de enemigos muertos en los combates.

También nos induciría a error el querer sacar consecuencias de los cientos de yacimientos ibéricos que conocemos, pues no todos existieron simultáneamente; muchos tuvieron vida efímera, y de la mayoría no conocemos sus verdaderas dimensiones.

No estamos, pues, en condiciones de concretar, ni remotamente, el número de habitantes del territorio ibérico y la diferencia de densidad de población con el resto de la Península.

Schulten, basándose en los escritores latinos, afirma que estaba mucho más poblada la zona andaluza y el litoral oriental de la Península que el interior de ésta, y calculaba en ocho el número de habitantes por kilómetro cuadrado, de acuerdo con cuyo coeficiente el territorio ibérico, del Segura al Pirineo, pudo haber tenido unos 400/500.000 habitantes y el total del territorio español unos cuatro millones de habitantes, cifra que tal vez resulte excesiva si tenemos en cuenta que para época romana, en momento de mayor desarrollo demográfico y económico, se calculan unos seis millones para toda la Península.

Serra Ráfols, en un magnífico trabajo, propone el coeficiente cinco por familia y pretende deducir, por los restos de viviendas de algunos poblados, el número de sus habitantes.

Cinco personas por familia es normalmente aceptable, pero la dificultad estriba en determinar el número de familias que habitaban un poblado, basándonos en los cubículos o habitaciones que se encuentran en las excavaciones. En ocasiones, es relativamente posible concretar algunos conjuntos de departamentos constitutivos de una sola mansión destinada a una única familia, pero otras veces resulta sumamente difícil, por no decir imposible, saber cuáles fueron las habitaciones ocupadas por la familia, cuáles estaban destinadas a cuadras, pocilgas, graneros, almacenes, etc., y, por consecuencia, ignoramos cuántas viviendas hubo o si en realidad todo un pequeño caserío pudo estar exclusivamente habitado por una sola familia.

Existe, además, la dificultad de fijar el número de lugares habitados en un mismo momento, no siendo válido hacer el cómputo de todos los poblados conocidos considerándolos sincrónicos, pues unos se extinguen a mediados del siglo IV antes de Cristo, mientras otros tienen su nacimiento con posterioridad a dicha fecha. Nos queda, por otro lado, el desconocimiento de la existencia de muchos poblados y el no menos grave de ignorar la verdadera extensión de otros, así como la densidad de edificios destinados a vivienda.

Hacer el cómputo de habitantes de una ciudad por el número de enterramientos de su necrópolis es, asimismo, muy difícil, en primer lugar, porque ignoramos los sepulcros que hayan podido desaparecer a lo largo de los siglos, arrasados por labores agrícolas u otras razones; después, porque como hemos podido comprobar, son frecuentes los pequeños núcleos de

enterramientos desperdigados en las laderas de los montículos en donde se asientan las ciudades, conociéndose en ocasiones algunos de estos núcleos, pero no tenemos la certeza de que seán la totalidad de la necrópolis del poblado. No podríamos, pues, tener la seguridad de que la necrópolis que tomáramos como referencia estuviera intacta y contuviera todos los enterramientos de la ciudad.

Ante tal cúmulo de dificultades, no creemos pueda darse cifra alguna, pero por vía de ensayo y sin defender la cosa, podríamos emitir la siguiente conjetura:

El poblado de La Bastida de les Alcuses ha sido excavado, aproximadamente, en una cuarta parte, habiéndose sacado a la luz unos 250 departamentos, lo que, siempre en cálculo aproximado, equivaldría a un total de 1.000 departamentos. Si admitiésemos que cada uno de ellos estaba ocupado por una familia compuesta de cinco individuos, obtendríamos la cifra de 5.000 habitantes, que consideramos totalmente inadmisibles, tanto por lo elevada en sí como porque a muy poca distancia existe otro poblado contemporáneo, también de gran extensión, el que, aplicando el coeficiente cinco, daría un elevado número de habitantes, haciéndose difícil admitir que en aquellos tiempos (siglo IV antes de Cristo) dos ciudades tan cercanas fueran tan populosas. Más prudente sería, pues, hacer el cálculo a base de considerar que de los mil supuestos departamentos, la mitad, por lo menos, estarían destinados a otros usos que a vivienda, siendo en realidad diversas dependencias de la casa y familia. Con ello tendríamos unos dos mil quinientos habitantes para La Bastida, cifra que todavía nos parece elevada, pero puede ser orientativa.

Para terminar este intento de esbozo de demografía ibérica diremos que, dada la densidad de hallazgos y lo que dicen las fuentes clásicas, aunque unos y otras los reduzcamos al máximo, la impresión que se saca es la de que la zona ibérica debió estar densamente habitada.

¿Cómo eran los modos de vida de estas gentes?

Fundamentalmente vivían agrupados en núcleos de muy diversa importancia (masías, caseríos, poblados, ciudades) de características, generalmente, uniformes. Construían sus viviendas en lugares de difícil acceso y fácil defensa, frecuentemente en espolones montañosos o mesetas, en la confluencia de corrientes de agua, con fuertes murallas en los puntos más vulnerables. Unas veces fueron simples aglomeraciones de unas pocas casas alrededor de una calle o plaza central, formando con sus muros externos la defensa del caserío, más bien masías, con sus diversas dependencias, que verdaderos poblados. Otras veces se trata de verdaderas ciudades con sus calles, plazas, terrazas escalonadas para el asentamiento de viviendas, escaleras para salvar desniveles, sólidas defensas y espacios acotados o albacaras. Estas grandes ciudades, con su organización urbana desarrollada, no

nacen al influjo de la égida romana, ya que con anterioridad a la presencia de los ejércitos romanos se conocen verdaderas ciudades.

Dentro de estas ciudades, ¿cómo se desenvolverían social y económicamente las gentes?

Diffícil es la respuesta, teniendo que aprovechar todos cuantos datos estén a nuestro alcance para entrever algún resultado, advirtiendo previamente que nuestra aportación tiene carácter genérico, puesto que en estas reuniones se estudiarán monográficamente muchas de las cuestiones de que vamos a hacer mención, por cuya razón nosotros las reseñaremos sin profundizar en ellas.

En su organización, podemos imaginar desde el pequeño caserío, habitado por gentes dedicadas exclusivamente a vivir de sus actividades, dentro de un nivel social y económico parejo, hasta los grandes núcleos de población con sus clases sociales estratigrafiadas, desde una nobleza guerrera dirigente hasta la masa de esclavos, pasando por artesanos, comerciantes, etcétera.

Estos grandes núcleos con sus caseríos satélites, valga la palabra, se mantendrían independientes unos de otros y estarían gobernados por un Consejo de Ancianos o Senado que elegiría sus jefes militares o reyes, de los que ignoramos si tenían algún otro poder que el de decidir en cuestiones militares, si eran siempre electos o tenían carácter hereditario, el tiempo de su mandato, etc. En ocasiones alguno de estos régulos logró aglutinar varias ciudades para hacer frente a algún peligro que a todas afectaba por igual, pero estas confederaciones fueron efímeras.

Es frecuente hallar en las excavaciones de un poblado ibérico un sólo nivel de habitación, como si hubiera tenido una vida relativamente corta, o si se hubiera preferido ir extendiendo las edificaciones dentro de la zona de fácil defensa antes que reedificar sobre viviendas antiguas; pero también en ocasiones han podido establecerse con claridad diversos niveles, demostrativos de la persistente ocupación del lugar, a veces desde la edad del Bronce.

En cuanto a las viviendas, bien poco podemos decir, así como de las comodidades que en ellas pudieran encontrar sus habitantes.

La casa era de planta rectangular, de muros de piedra en seco hasta una cierta altura, a partir de la cual en la mayor parte de los casos seguirían paredes de adobe, recibiendo la cubierta, que estaría hecha de barro, cañas y ramas, al estilo de las actuales barracas valencianas y murcianas. En el interior de algunas habitaciones se halla a veces un banco corrido, que no sólo serviría para sentarse, sino que también tendría la función de vasar y banco de cocina. Los suelos son de tierra apisonada mezclada con minúsculos fragmentos cerámicos, enlosados o de adobes; se ha podido comprobar que en ocasiones las paredes estaban recubiertas de un enlucido con pobre decoración, de sencillos motivos geométricos pintados

en rojo. En resumen, la impresión que se saca de los restos arquitectónicos que surgen en las excavaciones es que la vivienda no parece tuviera grandes refinamientos ni su embellecimiento y confort preocuparan mucho a sus habitantes; claro está que desconocemos su ambientación y tal vez entonces cambiáramos de criterio, pero basándonos en lo conocido y lo que nos muestran los actuales pueblecitos de montaña, poco sería el lujo en las casas, aunque ello no quiere decir que fueran pobres sus habitantes. Los armazones de puerta y las cerraduras, acreditan el cuidado que ponían estas gentes en proteger la propiedad privada.

Es muy difícil llegar a concretar, en el estado que hasta nosotros llegan la mayor parte de los recintos, cuántos de ellos pertenecían a una sola familia, dato de sumo interés porque, aparte de ayudar a determinar la densidad de una población, según hemos dicho anteriormente, estaríamos en condiciones de conocer el grado de riqueza en general de las ciudades e individual de las familias que componían la ciudad. Hemos de limitarnos a suponer que, como es la tónica característica de los pueblos mediterráneos, estas gentes harían la vida más al aire libre que dentro de las casas y por tanto no sería mucho el espacio que una familia de mediana potencia económica destinara a vivienda.

Las ciudades ibéricas no nacieron exclusivamente del esfuerzo aislado de cada familia, sino de una cooperación y ordenación más o menos eficiente, pero que prueba la existencia de variadas especializaciones profesionales, tales como canteros, herreros, carpinteros, comerciantes, etc., cuyos testimonios materiales van aflorando en las excavaciones.

La primera pregunta que nos hacemos al ver estos núcleos urbanos es la ¿de qué vivían estas gentes?

En tres bases económicas naturales se fundamenta la vida de los iberos:

Una primera base, formada por la agricultura, recolección y aprovechamiento forestal.

Una segunda, la constituida por la ganadería, pastoreo, caza y pesca.

Y una tercera, por la minería.

La agricultura, a deducir por lo que nos cuentan algunos autores latinos y nos dicen las pinturas de los vasos, parece que fue bastante despreciada por el ibero, más dado, según parece, a la guerra que al laboreo de los campos, que dejaría en manos de las mujeres, gentes de baja condición social y aún de esclavos, en los centros urbanos de mayor potencialidad. No obstante, por lo menos en los núcleos pequeños, también se dedicaría plena atención por todos los ciudadanos en aquellos momentos en que la perentoriedad exigía todos los brazos útiles para recoger la cosecha, ya que era un elemento básico para que pudiera subsistir la familia. Prueba de que, llegado el momento, no desdeñaba el guerrero dedicar sus esfuerzos a la agricultura, a pesar de lo que digan los autores clásicos, es que estos

mismos nos hablan de treguas entre tribus rivales cuando era la época de la recolección.

Otra prueba de que no era tan despreciada la agricultura, como pretenden los escritores antiguos, que tan defectuosamente conocieron al pueblo ibero, es el hallazgo de un arado votivo o de juguete, procedente de Covalta, demostración del interés que aquella gente tenía por las labores del campo. Junto a esto, la aparición de azadas, azuelas, podaderas, hoces, picos, molinos, etc., confirma la intensa dedicación a las actividades agrícolas, que en pequeña escala debieron ser de huerta, aprovechando los lugares de fácil riego en las márgenes de los ríos, pero que en su mayor parte debieron ser de secano.

Aunque carecemos de restos materiales de los cultivos, por los aperos y noticias clásicas, sabemos que cultivaron cereales, vid, olivo, esparto, lino, y que conocían los árboles frutales, entre los que tenemos la ingenua representación pictórica de un granado.

Junto al cultivo de la tierra, debemos suponer la existencia de la simple recolección de frutos y hierbas alimenticias que, en mayor o menor escala, ayudarían a la economía doméstica.

El aprovechamiento forestal es de primerísimo orden en la vida cotidiana, puesto que la leña es imprescindible para el fuego del hogar y para los hornos metalúrgicos y cerámicos. En cuanto a la madera, es forzosamente necesaria para la construcción de puertas, empalizadas, etc.

La otra base económica la tenemos en la ganadería, pastoreo, caza y pesca.

Uno de los animales por el que siente el ibero una especial predilección es el caballo, ya que es parte integrante de sus actividades guerreras y venatorias. Confirmación material de este aprecio nos la proporciona el magnífico conjunto de hallazgos de figurillas de caballo, del santuario del Cigarralejo. Estas representaciones, junto con los restos de bocados, herraduras, espuelas, petrales, frontaleras, etc., conocidos a través de los hallazgos en excavaciones y representaciones pictóricas, nos ayudan a conocer cuáles eran los arreos que formaban parte del equipo de un jinete y su cabalgadura. El caballo no debió ser utilizado como animal de tiro, para el que destinarían, tanto para el transporte en carro como para las labores agrícolas, al buey.

Otros animales a los que dedica su atención el ibero son la oveja, cabra, cerdo, buey, del aprovechamiento de todos los cuales tenemos referencias por los restos óseos, citas clásicas, representaciones pictóricas y en bulto, etcétera.

El ibero fue muy dado a la caza (*venata est hispanorum cupiditate*, dice el autor latino), que al tiempo de ser una diversión era un factor importante en la economía familiar; independientemente de las noticias clásicas que a este respecto poseemos, tenemos representaciones pictóricas de la

caza del jabalí, ciervo, toro, ánade, etc., tanto con dardo como con red, y siempre con la ayuda del perro, animal que debió formar parte de la economía familiar como defensor de personas y rebaños y colaborador en las actividades cinegéticas.

Aunque también pudo tener un carácter deportivo la pesca, la consideramos como un medio de vida, pues las representaciones de pesca con anzuelo y red, desde embarcaciones, prueban la existencia de una industria pesquera organizada, que luego se confirma por las noticias clásicas.

La tercera fuente natural de riqueza se halla circunscrita solamente a ciertas comarcas del mundo ibero, no obstante lo cual tuvo gran trascendencia para la economía general de este pueblo; nos referimos a la minería. El hierro, plomo, plata y oro, fueron los principales metales que se extrajeron de la tierra y constituyeron uno de los más fuertes puntales del comercio de exportación e importación.

Consecuencia directa de estas bases económicas es el nacimiento de la industria y el comercio, en mayor o menor escala y organización.

Del aprovechamiento forestal se originaría la industria carpintera en todas sus facetas, teniendo pruebas indirectas de su importancia en las sierras de hierro, armazones de puertas y carros, asimismo de hierro, etc., que presuponen lógicamente un cuerpo de madera, desaparecido actualmente.

De la minería se origina la industria metalúrgica con toda la amplia estructuración de prospección de minerales, su extracción, limpieza, transporte, hornos de fundición, etc., todo lo cual abarcaría gran número de mano de obra, indudablemente en gran parte esclavos. No hay duda de que en todos los núcleos urbanos habría sus herrerías, talleres de fundición y orfebres, pero independientemente de esta artesanía local, existió una industria metalúrgica de más amplio radio de acción; la uniformidad de ciertos tipos de espadas, fíbulas, broches, aperos de labranza, pequeños objetos de adorno, tales como cadenillas, colgantes cónicos, etc., permiten deducir que hubo talleres que fabricaron estos objetos en serie, irradiándolos a diversas comarcas.

Otra industria que alcanzó importancia y de la que, aunque no tuviéramos pruebas, habríamos de aceptar su existencia, es la textil. Pero de ella, aunque indirectamente, poseemos algunos datos, ya que aparte de las pinturas vasculares y estatuillas, por las que sabemos cómo vestían, calzaban y se adornaban los hombres y mujeres iberos, poseemos las referencias clásicas a este respecto y conservamos, además, contrapesos de telar, fusayolas, agujas saqueras en hierro y pequeñas agujas de coser, en bronce, y la reproducción pictórica de un telar sobre un vaso procedente de la Serreta. Las materias primas procedían tanto del mundo vegetal como del animal; hay lino, esparto (y se dice que algodón) y lana. Con ellas se confeccionaban los vestidos, destacando las fuentes clásicas, la excelente calidad de la lana española y de los finos tejidos de lino de Játiva, así como

los cordajes y velámenes de esparto que se fabricaban en la parte meridional del territorio ibérico.

Otra actividad, de las más espectaculares por los restos que de ella han llegado hasta nosotros, es la de la cerámica. Como hemos dicho antes al hablar de la metalurgia, debió movilizar gran número de obreros. Todo el complejo de actividades que el arte cerámico implica nos fuerza a considerarla no como una faceta artesana, sino de una industria con sus múltiples complicaciones de toda índole.

Con ello no negamos la existencia de una pequeña artesanía alfarera, como hoy aún existe en algunos puntos de nuestra Península, que dedicaría su producción a vasijas de inferior calidad y usos de cocina, principalmente. Pero la cerámica de pasta depurada, torneada, decorada y cocha hasta tener sonoridad de "campana", para lo cual era necesario disponer de hornos que permitieran superar los 900°, lo que prueba unos conocimientos técnicos únicamente al alcance de especialistas, no puede producirse más que en talleres dedicados exclusivamente a su fabricación en gran escala.

De los centros productores llegarían las vasijas, por comercio, a múltiples lugares, en ocasiones bastante alejados de los alfares de producción. Las calidades de las arcillas, los temas decorativos, los perfiles de los vasos, el tipo de letra en aquellas vasijas que llevan letreros, etc., podrían ayudarnos a establecer áreas de difusión, de las que algo puede rastrearse, como ciertos vasos de Liria, La Serreta, Benidorm, etc., para la zona valenciana, y los de Fontcaldes y otros yacimientos para Cataluña y sudeste de Francia.

Consecuencia de la pesca sería la industria conservera (garum y otros productos), con cuya exportación se acrecentarían las fuentes de riqueza. En relación con esta industria podría ponerse la de las salinas, que también alcanzó gran prosperidad, principalmente en el litoral meridional valenciano.

Derivación de la ganadería y pastoreo sería la industria del cuero, que debió tener gran importancia, tanto para el calzado y vestido como para los ajuares de los guerreros y atalajes.

Una de las actividades a la que con más afición se dedicaron los iberos y que consideramos llegó a constituir una verdadera industria, fue la guerra, tanto la de degradación interior, de ciudad a ciudad, de comarca a comarca o de tribu a tribu, como la de enrolamiento como mercenarios en los ejércitos rivales cartagineses y romanos, interviniendo en diversos campos de batalla. Esta actividad, devastadora cuando se sufría en los propios campos y ciudades, era fuente de riqueza cuando las armas se llevaban a otras tierras. Los mercenarios ibéricos en Sicilia e Italia continental, lograrían en sus razzias riquezas, joyas principalmente, que a su regreso traerían consigo, y que hoy, al ir surgiendo en las excavaciones, no deben desorientarnos haciéndonos creer que son producto de una orfebrería propia. Aparte de vivir de la guerra directamente, ésta estimularía indirectamente el des-

arrollo de otras industrias y comercio y permitiría a los mercenarios conocer nuevas técnicas que aplicarían al regresar a sus ciudades.

Desde otro punto de vista, las bases económicas reseñadas y las actividades industriales de ellas derivadas, darían nacimiento a una amplia gama de relaciones comerciales, creadoras, asimismo, de fuentes de riqueza.

En primer lugar ha de pensarse en un amplio comercio interior, entre los propios iberos, y de éstos con otros pueblos peninsulares: fíbulas, armas, tipos cerámicos, decoraciones vasculares, la amplia difusión de la moneda ibérica, son prueba más del intercambio comercial que de fantásticos y socorridos movimientos de pueblos e invasiones (tan entusiastamente defendidos por algunos autores), que en múltiples ocasiones se explicarían sencillamente por pacíficas relaciones comerciales entre los pueblos.

Se comerciaba con lana, tejidos, armas, aperos, orfebrería, trigo, frutas, cerámica, sal, etc., con otros pueblos hispánicos, así como con gentes extrapeninsulares, recibiendo a cambio de los comerciantes púnicos, helenos y posiblemente etruscos, objetos de adorno, cerámicas cuya presencia en sus diversas modalidades nos permiten seguir desde fines del VI la preponderancia de los mercados de origen y preferencias en cada época. Se importarían vinos, hasta que aquí, ya con los romanos, se conoció el cultivo de la *vitis vinifera* y elaboración del vino. Se ha dicho, y creemos que con razón, que el vino es uno de los principales vehículos para la introducción de la civilización helénica en el occidente europeo. Al relacionarse los mercaderes griegos y greco-italicos con los habitantes de estas tierras de Occidente, uno de los más importantes artículos con el que comerciaron fue el vino, al que pronto se aficionaron estos pueblos, siendo esta afición el motor que impulsó una fuerte corriente comercial y un constante tráfico marítimo y terrestre, una amplia red de comunicaciones y el establecimiento de mercados en donde llevar a término el trueque de mercancías. Los recipientes para el envasado de los vinos sirvieron, sin duda, de modelo para la fabricación y decoración de vasijas en los alfares indígenas.

A la multitud de objetos y mercancías importadas, en gran parte simple pacotilla, tal como todos los pueblos de cultura superior han ido haciendo a través de los tiempos cuando han comerciado con gentes de inferior nivel cultural, corresponderían los pueblos ibéricos entregando minerales (oro, plata, hierro, plomo), sal, cereales, frutas, lana, esparto, ganados, es decir, todo aquello que pudieran producir estas comarcas y fuera del interés de los mercaderes que llegaban a estas costas, el afán de los cuales era exclusivamente el de esquilmar lo más posible a los indígenas, sin preocupaciones culturales de ningún género; por esta razón hemos insistido siempre en que no puede hablarse de colonización púnica y griega en el sentido de establecimiento de estos pueblos con el propósito de mejorar las condiciones de vida en el país de su asentamiento. Sin embargo, a pesar de la falta de este propósito, el comercio exterior estimuló la producción interior

y dio a conocer nuevas técnicas para la explotación de las minas, en la producción metalúrgica, en la alfarería, etc.; se adoptó el patrón de peso del Mediterráneo oriental, de sistema duodecimal, conservándose series de pesos que así lo acreditan, y a partir del siglo III se acuña moneda, hasta entonces sólo conocida a través de los comerciantes o mercenarios, pero no emitida por cecas indígenas, puesto que en los poblados ibéricos de mediados del siglo IV antes de Cristo no se encuentra moneda ibérica, aunque en algunos casos se hallen pellas de plata que se utilizaran para el trueque y pago. Sólo después de mediado el siglo III hay un período de acuñación que parece durar relativamente poco y no vuelve a emitirse moneda indígena hasta las acuñaciones típicamente ibéricas, ya con módulo romano.

El estudio y delimitación de las áreas de repartición de estas monedas será del máximo interés para comprobar las relaciones comerciales y culturales entre diversas ciudades dentro del territorio ibérico y de éste con el resto de España.

* * *

Hemos esbozado a grandes rasgos las más trascendentales bases económicas y actividades industriales y comerciales del pueblo ibero.

De algunas de las cuestiones que aquí hemos mencionado someramente, se tratará más ampliamente y con mayor conocimiento de causa por otros estudiosos.

Por nuestra parte hemos puesto el máximo interés en confeccionar este esquema, restándonos tan sólo rogar que supláis con vuestros conocimientos y benevolencia las muchas omisiones e imperfecciones que en él habréis encontrado.